¿Recuerdas?

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Amanece y ya puedo regresar, al fin, a mi ataúd a descansar. Olvidar por unas horas la angustiosa tensión, la lucha de voluntades en la que se han convertido mis noches. Pero siento el ansia crecer en mi interior y sé que no podré dominarla por mucho tiempo más.

Recuerdo mis noches, hace, ya no sé cuanto tiempo.

Cuando el sol se sumergía tras los no muy lejanos Cárpatos y la oscuridad se adueñaba del castillo, yo abría la tapa del ataúd. Con un aspecto terrible, desaliñado y manchado de sangre de pies a cabeza, daba instrucciones a mis aterrorizados sirvientes. Luego subía a la torre, a vestirme, ansioso y hambriento. Smoking negro, recién planchado. Camisa, chaleco y lazo, inmaculadamente blancos. El pelo, engominado cuidadosamente y un toque de carmín en los labios, para encender su palidez. La elección de la capa exigía su tiempo. Por fuera, terciopelo negro, sin duda. ¡Pero el forro...! ¡Había tanto donde elegir! Raso, terciopelo, cachemir, lamé... y los colores... cobalto, fucsia, verde, canela, cárdeno...

Una vez decidido salía a la terraza, al vivificante aire de las montañas. Un instante de concentración y se obraba la metamorfosis. Jubiloso, agitaba mis alas y salía volando al azar, deteniéndome en cualquier aldea, a mi capricho.

Voluptuosos paseos, atisbando por las ventanas sin cortinas, hasta elegir la muchacha más idónea. A veces me decidía por un festín, una aldeana robusta y sana, de mejillas sonrosadas. Otras prefería un bocado delicioso, una ninfa etérea, delicada como una porcelana.

No era difícil entrar. Siempre había una gatera o una ventana entreabierta. Una vez dentro, abandonaba mi ser alado y comenzaba el acecho. En ocasiones esperaba varias horas, relamiéndome, terriblemente excitado. Por fin, cuando la elegida dormía profundamente, podía acercarme sin miedo a su lecho. Siempre era un instante de duda y de lucha. Eran dos instintos poderosos en pugna, pero siempre vencía el de la sangre. Con suavidad hundía mis colmillos en su cuello. Al retirarlos, surgían sendas fuentes vigorosas, palpitantes, manchándome el rostro y la pechera. Con fruición aplicaba los labios, saboreando durante horas la ambrosía, el alimento de los seres superiores.

Pero a medida que un hambre era aplacada otra reclamaba ser saciada, cada vez con más furia. Cuando ya de las fuentes había manado la ultima gota, poseído de otra urgencia, arrancaba la ropa de cama y desgarraba el camisón. Un instante de éxtasis, para gozar la vista de tanta

belleza y luego la poseía con vehemencia, arrancando otra sangre, reservada para unas nupcias que ya no llegarían. Acoplado a mi víctima que aun conservaba un atisbo de calor, enervado por la sangre nueva y joven que inundaba mis venas, fluía dentro de ella, una y otra vez, hasta que todos mis instintos quedaban colmados.

Ya se acercaba la mañana cuando emprendía de nuevo el vuelo, torpe y fatigado. Justas me llegaban las fuerzas para meterme en el ataúd, con las ropas manchadas de sangre.

Así fue, durante años, hasta aquella noche maldita y salvadora.

Me había despertado inquieto. Mi sueño había estado plagado de imágenes indescifrables que me habían perturbado profundamente. Sin ganas de disfrutar del placer de la elección, opté por la capa más clásica, con el forro de seda, rojo sangre. Transmutado, alcé el vuelo y errabundeé por el cielo. Indeciso, llegué más lejos que de costumbre. No sé lo que me condujo hasta aquella aldea, acurrucada en un recodo del río, pero, al verla, me asaltó un vago recuerdo. Aleteé sin interés por las calles oscuras, hasta llegar a una granja en las afueras. Atisbé por la ventana de la cocina y vi únicamente dos mujeres, madre e hija, sin duda. La serena belleza de la madre, despertó un amago de recuerdo, ¡otro más!. Pero cuando fijé mi mirada en la hija, una muchachita morena, de curvas suaves y bellos ojos almendrados todas esas indecisiones, quedaron atrás. Había encontrado mi víctima de aquella noche. Sus pupilas verdes miraron hacia la ventana, sin verme. Me sentí arrebatado y todo el vigor de mis instintos reapareció. A pesar de ello, la espera, en el piso de arriba, fue tediosa en lugar de excitante y sólo cuando la vi retirarse a su dormitorio, sentí, por fin, alzarse mi ansia por ella. Al colocarme a su lado, todas las dudas de aquella extraña noche parecían haber pasado. Clavé los colmillos en su cuello experimentando el mismo placer indescriptible de otras veces. Como siempre, la sangre surgió vigorosa, salpicándome. Su sabor era exquisito, nunca había probado nada igual. Me alimenté durante horas. Parecía imposible que un cuerpo tan menudo pudiera tener tal cantidad de sangre deliciosa. Cuando ya ni una gota más podía extraerse, mi otro instinto pareció, por fin, despertar. Retiré las sabanas y rasgué el camisón. Retrocedí un paso para admirar todo el esplendor de aquel cuerpo núbil. Entonces, todos las imágenes que habían perturbado mi descanso diurno, estallaron frente a mí.

La muchachita de ojos verdes que me mirara por la ventana unas horas antes, retrocedía en el tiempo a velocidad de vértigo. En unos instantes se transformó en un bebe risueño en brazos de su madre. Y esta, con una sonrisa de felicidad, se lo pasaba a un hombre que lo recibía con ojos encandilados.

Lo incomprensible se volvió diáfano.

Aterrado por mis recuerdos que retornaban en avalancha, me transformé, di dos vueltas sobre el cuerpo exánime de mi hija y salí huyendo por la ventana.

Desde entonces mis noches son una desesperación. Todos los recuerdos han vuelto, los de antes y los de después. Toda la felicidad de la que fui privado y toda la felicidad de la que privé. Sé que no puedo morir, lo he intentado las suficientes veces como para tener total certeza. Pero me he jurado que no habrá más padre, ni más madre que sufran por mi causa. He despedido a todos los sirvientes y el smoking y las capas yacen arrumbados. Cuando mis instintos me vencen, salgo, desnudo, en busca de un rebaño de ganado y me sacio con alguna desgraciada res. Y la otra ansia, la aplaco, igualmente, de la manera más bestial. Porque ahora recuerdo, y ya nunca más podré olvidar, que en otro tiempo fui humano.